

COMPASIÓN EN EL TIEMPO DE LOS LOCOS

Teresa Domingo Català

A mi padre

A Virginia Woolf

Expande sus raíces el murciélago
pendiente de sus alas, catalejos
que invitan a volar con las jaurías
de los que han muerto por su propia mano.

De las muchas maneras de morir
quizá sea el suicidio la más dura,
es uno quien se impone la condena
y se la hace cumplir a rajatabla.

Qué pasó por tu corazón abierto
cuando te decidiste por las piedras,
impulsada a ahogarte en aquel río.

Porque a veces la vida es tan terrible,
el dolor tan enorme y tenebroso,
que suplicas morir a cualquier precio.

PRIMERA PARTE

LA LOCURA

DESIDERATUM

Soy un cisne y querría ser un águila,
cada día me pesa la renuncia,
ya de niña soñaba con maletas
y un horizonte amplio y luminoso.

Mis dos caras pelean encendidas,
pero el temor abrasa las plegarias,
y los pájaros vuelan hacia el norte
y yo respiro redes y penumbras.

Quiero buscar la nieve con las manos
ahítas de consuelo y de memoria,
socavando el arcén de los placeres.

Andar en pos del unicornio azul,
triturar las escamas y los líquenes
que me atan a esta parte de la tierra.

LAS VOCES

Aspiras el jazmín de la locura
con el gusto a maleza y a pizarra,
la espiral te sorprende en cueros vivos
y no puedes taparte las vergüenzas.

No hay vergüenza en el manto delirante
de los monstruos sin sangre que persiguen
el ignorado sueño de las vides,
rojo y rosa en rosales circuncisos.

De dónde vendrá el orto y la península,
adónde irá la nieve desollada,
quién será el demonio del olvido.

La ventisca insolada del terror
borrará del cerebro la memoria,
cautiva con los gritos y las voces.

EL CAOS

Descomunal el caos que me vive
se adelanta y solloza cordilleras,
embiste las sacrílegas moradas
de un candor no perdido con los años.

Arrastra la condena y la cadena
de un lastre peregrino y migratorio,
como un ave que vuela hacia su muerte
porque no encuentra nidos en su ruta.

El sacrificio impone los lamentos
que el vericuerdo del dolor implanta,
gemidos que no salen de la boca,

del aire es su camino, de la vida
que es llanto sin cesar y sin afluentes,
un entierro constante en la miseria.

EL MIEDO

Se vive en las orillas del dolor
como un cauce que el día sobrepasa,
y es la distancia el tiempo que nos nombra
y es distancia el espacio que nos muere.

Arrolladora furia caminando,
disparatada fuerza que me habita,
espanto plateado por el miedo,
gris en gris de caminos pavorosos.

Como un espectro amante de las sombras
así cae la eterna negrura
sobre el amargo lecho de los vivos.

Y la esperanza se debate en muros,
y se pierde al final entre ballestas,
muriendo con el roce de la tiña.

EL DELIRIO

Se detiene el reloj en la cadencia
de un mundo con los velos decadentes;
la suciedad se agolpa y se amuralla,
no deja respirar a las rendijas.

Serás mochuelo sin dormir, velando
un jugo de palabras delirantes,
al confundir verdades con misterios
tan sólo conocidos por dementes.

Allí es real lo oculto en las paredes,
al revivir los túmulos, los huesos,
y decaer la carne putrefacta.

Es la máscara de la muerte roja.
No cesa de danzar con el terror
de los que son quemados en la hoguera.

LA ANGUSTIA

Los restos de los días se retuercen
como una piel sinuosa y aplicada
que no fuera la misma piel del hombre,
falacia que cubre una carne débil.

El tacto es un sentido odioso, clave
de angustia donde mienten los espejos,
y las manos no alcanzan la espesura;
el cuerpo, hay que desollarlo, firmes

las piernas en un suelo que se agita,
creciendo la urdidumbre de la sombra
que llega al infinito del silencio.

El alma de la luna, dividida,
como si fuera una serpiente dulce,
te amará sobre todas las especies.

EL ESPACIO

La mañana despierta soledades,
encumbra amaneceres sospechosos
de acelerar presagios y vestigios,
vertidos cada noche con esmero.

Las cajas, las sandalias, los cartones,
y la mujer suspira madrugadas,
enlaza el desayuno con la dosis
de un médium que aspiró a la luna roja.

No hay espacio en la casa para ella.
No hay espacio en la calle para ella.
No hay espacio en la vida para ella.

De niña se quedó ya sin lugar,
la locura llenó sus mostradores
con leche de la madre o la nodriza.

EL LLANTO

La caricia se pierde y se recobra
en el refugio de una diosa blanca,
sin asilo en el manantial de fuego
de los días corrientes, de los años.

Una sábana envuelta en los omóplatos,
ir, mirar las lechuzas solitarias,
encadenarse al frío del otoño
transitando el dolor de un caos cíclico.

Amurallan los búhos el cemento
oscuro de una habitación inmóvil
donde renace el llanto de los locos.

Caminan las abejas en sus círculos
y zumban en la densidad del mundo
las lágrimas sumisas, ignoradas.

LA RAZÓN

Es el sueño que viene a cada paso
una amenaza del vivir despierto,
como una jungla en que durmieran lobos
dispuestos a matar al adversario.

De repente, los pasos se declaran,
en un ciclo de llagas ignorantes,
desorbita las manos el durmiente
para parar las garras asesinas.

¿Es real lo que ven los ojos ciegos
tras la niebla de sus pupilas tristes,
sojuzgadas al tiempo de los locos?

A veces la razón nos va y nos viene,
con la angustia besando nuestras bocas,
mientras tiritan velas disecadas.

EL AGUA

El agua que desuella la cintura
es la misma que cubre los deseos
de un alma enferma, como un cielo triste
donde la nube es agua contenida.

Es un enigma el roce de la lluvia
al sobrevenir la espiral del caos,
cómo su tacto excita los demonios
largamente prendidos del ayer.

Cuando llega el deshielo se amontona
en una catarata inútil, lista
para arrasar las flores más humildes

y no por ello menos memorables,
pues el sino del agua es desventura
que irrumpe en lo más frío del invierno.

EL ABISMO

¿Es un doble camino el sufrimiento,
plagado de lagunas y de páramos,
con un gran corazón de puertas blancas
que al suicidio dirigen totalmente?

Me llevará la muerte con un carro
comido por borricos y por mulas,
y mi cuerpo vacío de dolores
será carcasa sin valor ni arrojo.

La claridad ofende los sentidos,
y la oscuridad calma mis desmanes
con un abrazo denso y mortuorio.

Es vivir en el borde del abismo
un fragor de silencio silenciado,
un destino cargado de locura.

EL ESPEJO

Camina con la mies a cada instante,
sostente al sufragio de la lucha,
encadénate al opio y al incienso
como un lirón sin uñas espumosas.

Te arrodillarás frente al muro inmenso
que acoge las higueras desertoras,
y caerá tu llanto en la penumbra
de unos pobres buscando el alimento.

Al remar por el lago de Creonte
vislumbrarás la Atlántida caída,
con monstruos de variadas latitudes.

Y le verás la cara a la Gorgona
como si fuera espejo su mirada
con los ojos abiertos por el mar.

IDUS

El miedo transpiraba por la acera,
casi era un vendaval de muchedumbre,
la cruzada de galgos infernales
que izaban sus cadenas con tres soles.

Veía carreteras como un médium,
como un médium las calles transitaba,
y sus sollozos nadie los oía
era un hombre marchito y solitario.

Su terror era invisible, y su tristeza,
era un ser dividido por el pecho,
el dolor abría almas, sucumbía.

La muerte no es peor que la locura,
la locura es un monstruo que devora
el palpitar de un corazón enfermo.

LA CONDENA

El silencio zozobra, se detiene,
y surgen las palabras solitarias,
como unas mazas rotas, la promesa
que se quiebra de una cordura tenue.

Las voces van y vienen, se persiguen
en un juego de resplandores vírgenes,
cada letra es como una luz que mata
las paredes blancuzcas de hospital.

La violación asciende y determina
el grado picajoso de las cuerdas,
las cuerdas que no amarran, las que hablan

en el pobre reducto del cerebro,
con fuerza vigorosa de un ayer
que condenó por siempre a la negrura.

LA IRA

Emigró sin salir de sus estancias,
y resquebrajó todos los cristales,
para no encontrarse en ningún lugar
ninguna imagen de su propia cara.

Se fue a las sombras de una tierra ajena,
donde desertizado vive el tiempo,
y al ahondar las manos en la nada
al otro lado vio a un desconocido.

La nada le sirvió como un espejo,
los dedos sarmentosos, incisivos,
tocaron, con pavor, al otro intruso.

Porque la furia nace del terror,
se preguntó con ira en ese instante.
¿Quién es ese cabrón que me domina?

LSD

Es príncipe de rosas y de musgos,
acuarela entrevista entre rumores,
con los ojos fijados en princesas
que sólo ven sus ojos, las carátulas.

Se asea con primor y desconsuelo,
nunca nadie planea visitarlo,
se pierde entre palacios y castillos
que agitan las paredes de hospital.

Resuena el carillón de los tejados
como una profecía libertaria,
y el hombre de las rosas es Bakunin.

Y mira en las paredes de su cuarto,
y desenrosca todas las bombillas
para conspirar solamente a oscuras.

LOS LOCOS

¿Has oído la voz de los mapaches?
Es un canto dulzón y pasajero,
el espíritu de una garza y sus demonios,
los pequeños satanases y sus jarras
llenas de olor a camión y ajeno.

Viste las camisas desplegadas,
las banderas alzándose al viento,
como trapos sucios secados por el aire,
como vulgares restos de comida
volcados en los tazones de los perros.

Anohecia tras las paredes blancas,
anohecia,
como en una canción que se recuerda,
y los locos quedaban mudos
en sus camisas, con sus batas,
y miraban embebidos el pasado
caído y permanente en el olvido.

EL MAL

Las libélulas se ahogan en el cieno,
arrastran sus pequeñas alas sin pedir
la libertad,
e imploran solamente un elixir
que les permita
morir matando.

No encuentran alquimista ni en Faluya,
en Gaza tampoco encuentran su destino.

Las libélulas amaron el color de la existencia
hasta que tuvieron conocimiento del mal.

Entonces descubrieron el musgo en los cristales
y después,
enloquecieron.

LOS PÁRAMOS

Los caimanes avivan el deliro,
se apostan a los lados de los postes,
indicando a los fieles el camino
donde vive la enfermedad primera.

Es el lugar del caos, espejismo
de vitrales y de aguas irisadas,
con tuberías rotas, y cristales
resquebrajados por el fluir del tiempo.

Enloquecer es transitar los páramos,
contemplar de ojo en ojo a los ratones
que roen la realidad y espacios,

conmovidos por aguas bautismales.
Pero no hay compasión para los locos,
los caimanes devoran sus entrañas.

LA BLANCURA

Poetas, trapevistas, saltimbanquis,
trapevistas, poetas, saltimbanquis,
saltimbanquis, poetas, trapevistas,
y los locos se comen sus excesos.

¿Qué luz brillará a lomos de los circos,
cuándo el payaso sonreirá sus penas,
quién le hablará al murciélago irascible?
Y los locos devoran el dolor.

De palomas, el manicomio lleno,
cubierto de excrementos y de eccemas,
también cubierto por paneles blancos.

Es el blanco el color de la locura,
apestoso a tabaco y a ginebra,
y a vómito, a mierda y a desdicha.

LOS CUERDOS

Aire es el fundamento de los locos,
como una mariposa envilecida
con el vuelo deshilachado y triste,
y con un rumor de hojas a la espalda.

Los árboles se abren, camafeos
de la verdad oculta entre las fieras,
los cuerdos circunscriben sus espacios
suprimiendo a los que no son iguales.

Vivimos en un mundo uniformado,
en un charco con mierda reciclada,
y todo es el trabajo y el dinero.

Y son los cuerdos locos, y sus luces
son neones que ambientan las ciudades,
que ocultan la verdad entre los coches.

LA SANGRE DEL MONSTRUO

Suspiro el aire que respira
el monstruo que mis pasos traen
y que se mira en un espejo,
aterrado al ver sus propios ojos
sumidos en un destierro atroz.

Calla y cae, le digo entre tinieblas,
asómbrate del recorrido de mis párpados;
y el monstruo entra en las pupilas
desatadas por el tenebroso nicho
que lo comprende y necesita.

La compasión palpita en mis tobillos
y asciende hacia los muslos por la sangre,
se derrama, marchita, por las venas
de un ulular poderoso y cautivo,
el tic tac de un corazón que se desploma.

El monstruo queda extenuado,
el cansancio aletarga sus mitades,
y sus lágrimas son como los áticos
de un edificio en llamas, árboles
quejumbrosos de incendios y de sombras.

¡Pobre monstruo, pobres sus garras y sus dientes,
pobres sus pestañas y los vándalos arranques
de su furia!

¡Pobre monstruo, pobres sus patas, pobres las tijeras
de su boca, pobre la sangre oscura de su pecho,
pobre su corazón dolorido por los pasos
de un drogadicto de la infelicidad!

Me mira a mí y se refleja en mis uñas,
en el óvalo circunspecto de mis ojos,
en la red de escarcha de mi pelo,
blanco como la sien de un niño,
blanco como un ángel y su sexo.

Duerme el monstruo entre los juncos,
amilanado por la voz del agua,
y a pesar de sus coces asesinas,
mi corazón late con el mismo impulso
que su sangre, marchita y anhelante.

SEGUNDA PARTE

EL DOLOR

RECUERDOS DE CENIZA

Vino a mí el fantasma del recuerdo
con una gran cadena abovedada,
dientes retorcidos y calambres,
y un solo acompañado de mil jarchas.

Había nacido del coito níveo,
la conversión del barro en tierra y hoja,
con los pasos celestes de un ayer
en que fue agua la nube circuncisa.

Se moldea el clamor del omoplato,
el sentido indefenso de las lilas,
hasta llegar al monte del estío.

Y vuelan sin llegar a la vendimia,
las uvas derramadas en ocasos,
cual ceniza de incienso sobre el puño.

A CASA

Asedia la sosa,
la sed,
la causa de Asís,
el seno.

Vamos mugrientos a los lados,
sierpes de lodos y murallas
hacia el santuario,
el reposo de los huesos sacros.

Suda en seco,
en suma,
en península.

Sortearemos los rescoldos,
viajeros de oasis y Vesubios,
de Senas,

a orillas, siempre,
de nuestras casas.

DE RODILLAS

Es larga la carretera del ayer
donde quedaron lazos y coletas,
aquella bicicleta rota,
las rodillas desoladas
y la voz inconfundible de la madre.

Ese silencio tan nombrado en los poemas
no puede escucharse en un silencio en sombras,
no hay vacío entre las manos,
sólo nombres,
sólo un nombre confundido entre sonidos
de sangres que corren en las rodillas del ayer.

De rodillas, viviendo de rodillas,
amando a pesar de las rodillas,
quedaron ayer esas rodillas,
y son hoy, quizás también rodillas,
las rodillas.

(Este poema está publicado en la revista de creación literaria *Etcétera*)

LOS NIÑOS

Los demonios devoran pastizales
descompuestos con niños moribundos,
y una hoz de señuelo se destaca
segando los rastrojos en el límite.

Se cuida Satanás de sus seglares
como si fueran dioses pequeñitos,
y a cada uno le dan un monedero
con penas olvidadas de antemano.

Su corazón supura soledades,
inventa maleficios, sacrilegios,
aúna la verdad y la mentira.

Es oscuro su infierno de sinónimos,
es un duelo el peligro de sus fauces
que devoran hambrientas a los niños.

POR UN AMOR SIN HACHE

Hasta basta hacia hasta
la herida de amor
hacía ramos de hache
en la herida hondonada
donde se ahoga el ahogo.

Hacinado en harina,
con hatos de alcohol,
hiede la m de hermoso
entre hienas y hierros
donde se ahogan los hijos.

El hospicio en hoja de lata
siente hebra hambre
de honda hendidura.

Los huérfanos hallan calor
en un amor con hebillas.

AL OTRO LADO

El cielo se detiene y desertiza
el caudal del amanecer que sobra,
que a gritos pide el paso del puñal,
como radio a su vez multiplicada.

El pánico entrelaza taquicardias,
tiembla en su mismo seno de fragores,
es roce de ortiga en el alma rota,
un volcán con muñón que impide el vómito.

Retrocede la noche sarracena,
amplía su horizonte desmedido,
atraviesa los granos y el perfume

de una flor en un bosque incinerado.

La pena miserable me incrimina
en el lado inhóspito del deseo.

(Este poema está publicado en Internet, en la web que se creó como homenaje a las víctimas por el atentado del 11 de marzo en Madrid).

A CARA O CRUZ

Sintiendo la vida a cara o cruz
como el aceite en fuego contumaz,
o la muerte que espera su vez,
apartada y quieta en tragaluz.

Es la llamada de la hoz,
el grito sin piel del avestruz,
la pausada lentitud del incapaz,
la sangre estancada en la matriz.

Sólo el dolor no se muestra falaz,
sólo él desparrama su luz,
domesticado pero siempre capaz
de borrarlo todo con su faz.

EL DOLOR

El dolor es un lienzo sin cortinas
que muestra su delirio y su cordura,
desnudo, desprovisto de armadura,
como muro redondo sin esquinas.

Un sudario en sus manos asesinas
se agita con tristeza y con premura,
palpitando en su voz la desmesura,
derrumbados sus ojos en salinas.

¿Quién podrá sostenerle la mirada?
¿Quién beberá en su río de ceniza?
¿Quién hallará su muerte enamorada?

Vendrá venciendo al agua que desliza
en huracán, en fósil, en camino.
Tal es su esencia, tal es su destino.

SÓLO ÉL

Lloverá en el macizo de las rocas
con un ardor gimiente y asesino,
y convertida en huracán la lluvia
cambiará los escombros en vivencias.

Una canoa surcará el océano
y caerá en las simas de las fosas,
sus habitantes morirán luchando
y serán alimento para peces.

Sobre el río pasearás la angustia,
que voltea encerrada en un destino
que a muerte sentencia la cordura.

No habrá oasis de agua y de lamentos,
no habrá citas ni cárceles de nieve,
sólo el dolor de fuego transparente.

EL TREN

El dolor, como un tren sin estaciones,
arrolla y acelera y apresura
un canto de caballo, una tortura,
una presencia con sus eslabones.

Se desboca en hierro, en desventura
con el rugido cruel de socavones,
arrastra con el lodo a los vagones
que tiritan carentes de ternura.

El pasajero mira los matices
que le muestran las pequeñas ciudades
y las flores marchitas de los tojos.

En el alma examina cicatrices
lloradas a través de las edades
con las puntas candentes de los ojos.

ESPEJOS ROTOS

Acabará el gorrión de raer lágrimas
el día de la muerte del cordero,
cuando la procesión estigmatice
el último sentido de la angustia.

Hay miedo en el costado del herido,
no sólo Jesús fue crucificado,
los dientes de jaurías son las rejas
que surgen de la boca como cismas.

Calla, ves a mirar al mensajero,
a ése ángel que nunca vio victorias
derretidas con el crujir del agua.

Abrázate a ese cuerpo que no sientes,
como si con él fueras un imán
que pudiera asaltar al enemigo.

EL SENDERO

Qué largo es el camino sin sendero
que conduce al dolor por sus esquinas,
amparándose en manos asesinas,
vencido por el tosco desespero.

Camino que conduce al desespero,
sólo el dolor naciendo en sus esquinas,
amparadas las manos asesinas
por el tosco vencido del sendero.

Nunca ya es allí donde no hay sendero,
siempre acampan las manos asesinas
para doblar con rabia las esquinas,

para quebrar con saña el desespero,
alumbrando a las voces asesinas,
en el caos desnudo del sendero.

ANTE LA SOMBRA

Conducirás hasta el mar,
hasta la ingrata ola de mustio amanecer,
con las costras pegadas a las manos
por las uñas.

Llegarás con el trote de los cascos,
con las venas vacías por el sol
y de rodillas tu voz se levantará
al mediodía.

Con tu casaca de guerra,
te alzarás ante la invencible sombra
y llorarás medio siglo de arena
a tu ignorancia.

REZO

Anémonas del cielo, hablad sin renuencias,
abatid el sacrificio de los tallos.

Es sórdido pensar en las costumbres,
en el frío anhelo de las naves,
y soñar, soñar con los peces del invierno,
y con las alas de los pájaros malditos
por el poder de la hecatombe.

Ve de azul, viste las manos, viste el rostro,
deja sólo los labios a la vista
como un don de batracios y princesas.

Sé clavel, danza en alud, en un cerco
de mulas y caballos,
sé potro en ristre,
sé fusil,
sé cadáver devorado por mil faunos.

Anémonas del cielo,
abatid la nieve,
anémonas del cielo,
llevadnos a volar
con el dios miserable de las flores.

EL CÍRCULO

El día cierra los párpados,
aprieta los goznes de sus puertas,
se alía con la angustia de los cielos
que reflejan la carcoma de los hombres.

Hay suciedad en todas esas almas
que imploran piedad con los ojos quedos,
y se escurren, asiladas, en los poros
de un agua pútrida, estancada por los años.

Es un círculo de podredumbre y muerte
el que asalta, que lleva a la locura,
y nada es tan triste como el delirio,
cuando vence el absurdo de la risa.

Viajar al lado oculto de las cosas
es ver en todos los espejos
la lluvia que cae en desbandada
como un pájaro que le trina al desconsuelo.

Un tejón sobrevive al manto de tierra y barro
pero el hombre se ahoga entre el estiércol.

EL RÍO

Era un pequeño río con las fuentes
desplegadas al curso de la luna,
en sus aguas llevaba a la laguna
el secreto terror de los durmientes.

En la noche encontraba mil afluentes,
pedales dirigidos a la cuna,
con las alas y arena de la duna,
con fantasmas de signos impotentes.

Las aguas de este río son oscuras
pues sólo fluye noche de sus aguas,
caudal sombrío, denso en desventuras.

Ellas nunca detienen sus piraguas
ni el cruel sonido de sus partituras.
Elevados espectros en las fraguas.

LAS CAMPANAS

Redoblan las campanas por un muerto
abrazándose al viento y su mirada,
masticando la furia de su hada
por el caudal del río al descubierto.

Las campanas describen el aserto
antes de que termine la jornada,
tan brutal como el golpe de la azada
que hinca el corazón a campo abierto.

¿Qué traerá el gang de las campanas?
¿Dónde pasará su desespero?
¿A quién le llorará su madrugada?

Te quedarás mirando en las ventanas
y mientras ves pasar al compañero
lamentarás al fin que todo es nada.

EPÍLOGO

Espérame en el lado de la muerte
tras los besos henchidos de granada,
con un amor tan grande como un crimen,
y un corazón con tréboles airados.

Allí, al ladito mismo de la muerte,
convergerán tus dedos y mis ojos,
y húmeda por los poros de la lluvia
me robaré a mí misma de tus garfios.

Pero apártate de mis días vivos,
no vengas a enturbiar mis anacondas,
déjame serpear en mis veredas.

No me impulses las manos a la soga,
ni al helado latir de los balcones.
Deja a muerte buscarme cuando quiera.